

FRANCISCO GALLARDO

ÁSPERA SEDA  
*de la* MUERTE

XXI PREMIO DE NOVELA  
CIUDAD DE BADAJOZ

**algaida**



Un jurado compuesto por Carmen Amoraga, Luis Alberto de Cuenca, Fernando Marías, Miguel Ángel Matellanes, Juan Manuel de Prada y Manuel Pece-lín Lancharro concedió a la obra titulada *Áspera seda de la muerte*, de Francisco Gallardo, el XXI Premio de Novela Ciudad de Badajoz, que fue convocado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz.



Ayuntamiento de Badajoz

Diseño de cubierta: José Luis Paniagua

Primera edición: 2018

© Francisco Gallardo, 2018

© Algaida Editores, 2018

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-011-9

Depósito legal: SE. 424-2018

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

CAPÍTULO I. El espíritu del vino . . . . .	17
CAPÍTULO II. La felicidad de la piel . . . . .	51
CAPÍTULO III. El silencio de los encajes . . . . .	77
CAPÍTULO IV. La impaciencia de los muertos . . . . .	93
CAPÍTULO V. El globo de la electricidad . . . . .	145
CAPÍTULO VI. La sed de la piedra . . . . .	169
CAPÍTULO VII. La anatomía de los monstruos . . . . .	185
CAPÍTULO VIII. Una lírica oscuridad . . . . .	199
CAPÍTULO IX. Áspera seda de la muerte . . . . .	247
Agradecimientos . . . . .	335



*Para Arancha  
que tiene los ojos del mar.*

*Para Sara  
que tiene la sonrisa más hermosa del mundo.*

*Para Carmen  
que tiene el talle de las cañas de azúcar.*



Hay en la calle de los caballeros Serpes —vieja calle de los Espaderos— un oculto sentido de la ciudad, una manera de ser que no perciben los extraños y se manifiesta solo a los iniciados, a los que saben sonreír cuando el visitante protesta, lógicamente, de los edificios anacrónicos, la modernidad incompleta, los establecimientos puerilmente cosmopolitas y los cafés ramplones.

¿Por qué el optimismo? ¿Qué pueblo nos lo trajo? ¿Cómo arraigó en esta tierra llana? ¿Qué optimismo, en fin?

En nuestra ciudad, la muerte es siempre un asesinato.

*La ciudad*

MANUEL CHAVES NOGALES



**E**N EL BEATERIO DE SAN ANTONIO HAY MUJERES REC-  
cogidas —arrecogidas las llama la gente— que se  
ponen tristes al caer la tarde. Algunas no. Al con-  
trario, parecen revivir cuando se acercan las tinieblas de  
la noche. Abandonan entonces la paz de Dios. Alguien las  
espera fuera de las blancas paredes del cenobio. La cal-  
de la pureza tiene algunos desconchados. De hombres, de  
mujeres hablamos. De mundo, de demonio, de carne.

A Juana Palacios, la de los pechos como palomas,  
una berlina negra la recoge todos los jueves, salvo en Cua-  
resma, que los pecadores también respetan el almanaque  
de Dios. En los diminutos vanos de los muros brillan las  
pupilas de la curiosidad. Hombre importante ha de ser el  
que impone silencio a la lisonja. Pobre de la lengua trai-  
dora. No hay nada malo en que un hombre, por lo demás  
virtuoso, caiga en la tentación. Para eso está la penitencia,  
el arrepentimiento. Ningún hombre, importante o no, es  
capaz de sujetar a la bestia que lleva dentro cuando Juana

Palacios, la de los pechos como palomas, se desnuda. Una estatua pagana, una diosa, dicen, que explica el infierno.

Por no hablar de Vicenta, tan pobre que no tiene apellidos. Perdió a los padres en la epidemia de muerte amarilla que enterró a tanta criatura cuando el siglo principiaba. Vicenta, la de los ojos claros, agua verde, mejillas de porcelana. Delgada como un suspiro, aseguran que toca el pianoforte, un misterio, si antes de entrar en el Beaterio no lo tocó nunca. Su vida no estaba para músicas. Vicenta también visita el mundo de los varones. Una, dos veces al mes. El deseo para ella no tiene calendario fijo. Duerme con un ojo abierto y otro cerrado, no vaya a ser que venga el capricho a buscarla. Los hombres son así. Ordenan y mandan. No respetan el silencio, el sueño, la ternura desvalida de Vicenta, que cierra los ojos cuando abraza.

Teresa Cienfuegos también atraviesa la noche, la Puerta de San Juan entreabierta. Los descuidos del guarda de la casilla bien valen arrobos de aguardiente. Las murallas durante la noche son húmedas, frías. Va Teresa Cienfuegos en una tartana, la cubierta verde abovedada. Allí no va nadie, solo el cochero que se retira a la vieja hacienda de Hernán Cebolla. Lleva el pelo corto. No se pinta la línea de los ojos castaños. Tampoco los labios. Tiene dura la voz, quiere ser un hombre. No olvida el hatillo cuando el cochero que nunca habla la recoge en una esquina de la Alameda vieja, justo a las doce. Allí donde la sombra de la noche es más oscura, el último rincón de Dios, el callejón del Diablo. No olvida Teresa Cienfuegos el hatillo marrón, de bayeta, no olvida, dicen, el hilo, las

agujas curvas de coser pieles humanas, las pinzas, las fustas de cuero.

Cuesta dormir en la noche tórrida. Todavía es joven Flora de Letona, natural que alguna noche tenga nostalgia del deseo. Ya está aquí el alba, se escuchan los pasos que regresan. Poco importa eso a Flora, ellas sabrán lo que hacen. Qué importa si Teresa Cienfuegos, la del pelo corto, ha olvidado el hatillo en la quinta del marqués, que si Juana Palacios, la de los pechos como palomas, vuelve borracha. Lo que de verdad importa es lo que cuente dentro de un rato el licenciado Sotelo. Flora de Letona aún es joven. Tiene que salir de aquí, recuperar la libertad, recuperar a su hija, también a su hijo, a pesar de todo. Después vivir, de nuevo la vida, de nuevo el placer. Que luego todo es silencio, vacío, eso a lo que los vivos llaman muerte.



## CAPÍTULO I

### EL ESPÍRITU DEL VINO

**S**EVILLA ES UN LUGAR QUE HALAGA TU OÍDO MIENTRAS adereza tu tumba. Eso sí, barroco, de flores muertas, el monumento funerario. Cosas de mi padre, piensa Flora, secando con el dorso de su mano las lágrimas malvas.

No quiere don Ramón tierra para la eternidad, la fría humedad de los huesos enterrados. Tanto pobrecito ahí abajo esperando la resurrección de los muertos. La guerra contra los gabachos, el rebrote de la epidemia, el hambre, tanta tragedia para esta ciudad otrora hermosa. Ahora solo oscuridad, una lírica oscuridad.

Su padre quiere, exige, una tumba donde la capilla del Sagrario. Con su nombre labrado, si puede ser de oro. El epitafio bien clarito, nada de latines.

—Encárgate tú, Flora —le ha dicho su padre— que tu madre no pasa ya de la Puerta Nueva y de tu hermano poco hemos de esperar.

Malo no es, dice tu madre. Tan ocupado en sus tertulias, en sus iglesias. En volver a poner la patria en su sitio, en que vuelva el rey felón.

—Encárgate tú, Flora, de que el futuro me haga justicia. Esta ciudad, de tanto rascar en el pasado ignora el presente.

¿Y en Flora? ¿Quién piensa en Flora? Nadie desde que dio el paso al frente y se casó. Nadie piensa en ella ahora que las cosas, quizás, ya no tengan remedio: la vida convertida en un infierno. Tiene el cuerpo incendiado, dolorido, llamas en el corazón. No hay lágrimas para llorar tanto.

El cuerpo humano es débil, una cajita de música que se agota rápidamente. Sobre todo si toca un vals feliz, rápido, impetuoso. Imposible detenerlo. Un vals que celebra, danza, la primera vez del cuerpo. Y tú, Flora, tonta de ti, vas y te lo crees.

«Habiendo sido tomada del brazo y a empujones arrojada por mi marido, me encuentro en la más triste desgracia», escribe Flora de Letona a la luz del velón. Gris salió el día, se metió en tormenta cuando aún estaba en la cama, dolorida. Ahora el cielo se abre un poco, tímidos rayos de sol amarillento entran por el balcón. El cielo tiene ojos de lobo, piensa mientras moja en tinta la plumilla.

«Que sufriendo de mi marido los malos tratamientos y la más cruel sevicia en una discusión ocurrida el día tres del corriente mes de enero», sigue Flora escribiendo. Dios, cuánto pesa la mano. Ayer mismo fue, en la tarde,

que no podrá alegar la bebida en su defensa. Bien fresco que estaba el don Juan, recién salido de la siesta.

Maldito sea el teniente Ballester. Ya no pondrá en su cuerpo una mano más. Y menos para su placer animal. Lo jura Flora por Dios, por su madre, que todavía no sabe nada. Por sus hijos, que no conocen la bestia que esconde su padre detrás de esos uniformes tan elegantes, uno, dos, uno, dos. Tan marcial como marcha, tan guapo, el día de toros allá en la plaza, junto a la Cruz de los muertos. O mejor, con traje de gala, dorados los alamares, la charretera, el chacó a la inglesa, allá por la calle de Génova, el día del Corpus.

Le duelen a Flora los nudillos de la mano, los golpes dejan sombras en los huesos. La mano derecha, claro, que poco trabajo le costó escribir con ella —ser zurda es un fallo de Dionisia, la partera que la dejó caer con sus manos jabonosas. No tiene dudas doña Concha, su hija no vino siniestra a este mundo por voluntad de Dios. Fue la partera, alelada, turulata, como están las mujeres que están pensando siempre en los hombres.

«Llevó su enfurecimiento hasta el extremo de tomarme un brazo con violencia, arrojarme a la calle y cerrarme la puerta para que no volviese a entrar», sigue escribiendo Flora.

En los cristales del cierro salpica la lluvia, duelen más los huesos cuando la tierra se hace húmeda. En un primer momento pensó ir a la calle del Mar, donde sus padres, junto a la Puerta del Arenal. No le gusta a doña Concha esta calle empedrada llena de barro. Cuando el río se desborda solo queda rezar, ponerse en manos del Santísimo.

¿Dónde iba a ir con esas greñas? El hermoso cabello negro, enmarañado de los tirones. Los pómulos enrojecidos, hilillos de sangre cayendo de los mismos labios, ahora golpeados, antaño venerados.

Flora fue a contarle al alcalde de barrio. Lo encontró en la fonda del Príncipe, donde la vinatería, junto a la iglesia de San Ildefonso, a medio construir.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó el hombre.

—Quejarme ante la autoridad —le dijo Flora.

El alcalde de barrio es amigo de Juan Ballester. Beben juntos. Más de una vez lo había llevado a casa con olor a aguardiente de la sierra. Para acostarlo antes de que cayera a la piedra del zaguán como un fardo de patatas.

—Exijo un hombre bueno para que dé cuenta del manejo de mis intereses —le dijo Flora al alcalde, observada por un enjambre de hombres.

—Podías haber esperado en casa a tu marido legítimo, sin exponerlo al juicio de las gentes.

—Para sermón ya hubiera acudido yo a don Onofre, allá en la capilla del Sagrario —le contestó Flora—. Quiero que se me haga la justicia que me corresponde.

El mesonero la cogió del codo. La llevó hasta la puerta. La impotencia también duele, rebosa los ojos de lágrimas. Desde la puerta de la vinatería, Flora escuchó la voz potente, enérgica, del alcalde.

—Nada puedo hacer sin queja tuya por escrito.

Luego Flora entró en la iglesia de San Ildefonso.

Hacía mucho frío allí sentada mirando la Virgen del Coral, un hermoso mural antiguo. No es muy religiosa

Flora, tampoco descreída. Debe de existir un Dios que zurza tantos rotos.

«No habría pasado media hora cuando se presentó el alcalde en la iglesia con dos hombres buenos. Con la mayor violencia mandó me reuniera con mi marido pues de lo contrario lo verificaría a la fuerza, como en efecto así lo hizo», escribe Flora con la mano dormida de dolor.

Los caños de agua vienen crecidos desde la Puerta de Carmona hasta la fuente de la Alfalfa. Flora escucha el sonido del agua. Echará de menos esta casa recoleta. Una vivienda humilde si se compara con otras casas que se ven en la calle de las Calabazas. Alguna de ellas hasta con portada de mármol y escudo nobiliario. Con águilas de oscura piedra en los balcones.

A Flora de Letona la llevaron igual que a un criminal se le conduce por las calles para encerrarlo en la cárcel. Aunque la casa estaba a dos pasos, la enseñaron por toda Sevilla. Hasta la Costanilla la llevaron para pasearla después por las Carnicerías.

—Para que no lo olvides nunca —le dijo Juan Ballester al quedarse solos.

—¿Dónde están mis hijos? —le preguntó Flora.

—Para que no lo olvides nunca— repitió.

Tenía un látigo de cuero en la mano derecha. El mismo que Juan Ballester utiliza con sus casquivanas. El látigo del placer lo llama.

«Desde entonces yo, Flora de Letona, juré no retroceder en llevar a efecto mi demanda de divorcio», acaba de escribir mientras regresan las dos tormentas. Fuera en

la calle, la del cielo. Dentro, bajo la saya malva, la de los huesos.

Larga, angustiosa, es la noche que se pasa en blanco. Con lo dormilona que era de niña.

—Duermes como los lirones —le decía doña Concha.

De eso hace mucho tiempo, no vivían entonces en la calle del Mar sino en la calle de los orondos Abades, como la llama don Ramón. Vivían en un hermoso palacete donde nació Flora una noche de primavera, antes de caer desde las jabonosas manos de la partera. Nunca debieron vender aquella casa de dos plantas, con dos patios con arcos de piedra, a la manera de los claustros.

Los señores de Letona compraron una casa de tres plantas un año antes de los franceses, allí junto a la calle del Correo. Un año antes de que llegara el Bonaparte con su manía de convertir Sevilla en «la petite París». Los franceses llegaron para derribar las casas de toda la vida, para hacer plazas, para tirar abajo las iglesias, para desahuciar a las pobrecitas monjas del convento de la Encarnación, junto a la casa nueva.

Luego llegó el decreto del Botella. Hay quien dice que bebe, hay quien dice que no. A doña Concha se lo presentaron en un baile.

—Esa cara de bobalicón no se tiene si no se bebe la cognac como si fuera agua —le susurró después a su marido.

El rey Josef ordenó construir una plaza pública en el terreno comprendido entre las plazas de Regina y de la

Encarnación. Los franceses nunca harían allí una plaza. Solo levantaron un hediondo montón de escombros dejando sumida a doña Concha en una rara melancolía. Una dolorosa abstinencia de hojaldre y mazapán, los sabores del cielo.

Los franceses nunca indemnizaron las casas derruidas, entre ellas la de los Letona. Menos mal que los franceses sí les pagaron un cuchillo de tierra de su propiedad entre la puerta de San Ignacio y la calle de la Compañía. Con ese dinero y los ahorros de media vida los de Letona compraron la casa de la calle del Mar, donde al poco de mudarse nació el hermano de Flora. Doña Concha dice que el niño nació bien gracias a la Virgen de los Reyes, porque las mudanzas son veneno para los partos.

Flora bosteza el sueño que no ha tenido en la madrugada. Tiene mucho trabajo por hacer. Una mudanza invisible, que no note el teniente ilimitado. No hay peligro de que vuelva hasta por la tarde, debe de estar en el cuartel. Allí es un hombre respetado, admirado. Le echó agallas contra los franceses en la batalla del puente de Barcas. Dicen que se jugó la vida, hay testigos.

Mejor hubiera sido que alguna metralla, alguna espoleta de casquillo, una bala hubieran hecho diana en el don Juan Ballester, el héroe. No le gusta a Flora tener estos pensamientos mientras se abriga con la bata azul de lana. Hace frío, ¿quién dijo que en Sevilla no hace nunca frío?

—¿Te ha pegado otra vez?

Los ojos húmedos de Lucía relucen en el fondo del espejo, es muy pequeña para el horror. Flora lava su pelo, hermoso cabello negro, jabón, esencia de hierbas, aceite natural, quizás quede algún resto de sangre. Hubo un tiempo en que la engañaba. Se había caído, un golpe, un resbalón lo da todo el mundo.

—¿Te ha pegado otra vez?

Flora guarda silencio. Se aclara el pelo. Le ha pegado más de lo normal, una soba de palos, le duele hasta el alma. Flora calla. Obedece a ese ser interior, misterioso, que nos aconseja, que nos habla al oído. Lucía no debe sufrir. Es muy pequeña. Cinco años recién cumplidos. Los niños no deben sufrir. Si mueren, van al purgatorio.

Lucía contempla el adorado rostro de su madre salpicado de moratones, de añiles oscuros. Los dulces labios rotos, cuarteados, que ya no pueden besarla por las noches después de contarle un cuento.

Cuatro ojos idénticos se cruzan en el espejo, fulgurantes ojos negros. Lucía no ha ido hoy a la escuela de niñas. Acaricia las manos doloridas de su madre.

—Volveremos a ser felices, mi vida —le dice Flora.

Tocando el pianoforte no tiene mano derecha ni mano izquierda. El alma no entiende de manos. Bajo el reloj de pared, tic tac, el bronce dorado que marca el tiempo. Flora toca una sonata de Antonio Linares, organista del Salvador y maestro de música del Teatro Principal, aunque esto no le guste mucho a los canónigos. No está bien ponerle una vela a Dios y otra al diablo. Flora tiene la mira-

da fija en el armario joyero de doña Concha. Ébano con incrustaciones de madreperla. Diminutas sílfides doradas separan los cajoncitos.

Después de que los franceses huyeran como niños por el puente de Barcas, la furia española quemó cómodas, escritorios, sillones tapizados en seda y oro. Las *chaise longues* floreadas donde se tumbaban desnudas las traidoras que amaron a los gabachos. Algunas desvergonzadas llegaron a engendrar gabachitos. Bien se ocupó don Ramón de salvar el mobiliario. Hasta una cama con dosel, donde duermen como reyes los Letona. Ya no caerá más polvo, ni chinches del techo, pensó doña Concha la primera noche que se encamó como María Antonieta.

Las malas lenguas hablan de cuadros que no se ven, escondidos en la misteriosa estancia que cierra el segundo patio, allí junto al pozo. Dicen que don Ramón trae a los carpinteros desde los Humeros. La madera de barco es la mejor contra la humedad. El arte, la pintura, es muy delicado con las groserías de la intemperie.

Sigue sonando la música de Antonio Linares, qué equilibrio más sencillo. Flora es una artesana hilando la música con sus dedos no tan doloridos. Eso tenía que haber hecho, tocar más el pianoforte. Ir como concertista a los mejores teatros del mundo, a los grandes salones de París, de Londres, de Viena. No resignarse a vivir en esta ciudad sin futuro. Más ahora que vuelve la fiebre amarilla como cuando era una niña. Se salvó de milagro Florita.

No es zurda para tocar Flora. La música no es zurda ni diestra. Flora para sus manos, para la música. De la ca-

lle vienen voces, parece un tumulto. Tras los visillos del cierro contempla la pelea, una bronca entre los jóvenes.

«Que viva el rey Fernando», dicen unos. «Que vivan los liberales», dicen otros.

Hay intercambio de golpes, insultos, realistas, liberales, España es un país que siempre está discutiendo. A Flora, oculta, inmóvil, tras los blancos visillos, se le encoge el corazón. Un puñal plateado mata a un hombre guapo, hermoso, rebosante de vida. Ha sido un instante.

Hay jóvenes que corren, que huyen. Los más valientes, pocos, persiguen al criminal. El asesino ya no está, visto, no visto, ¿por dónde habrá escapado?

Flora gira la cabeza requerida por la mano enguantada. La sangre cae sobre la levita marrón. El hombre le pide silencio, el dedo índice sellando los labios. Flora de Letona cae, se desmaya, se deja morir en el frío mármol del suelo.

La casa del abogado es luminosa. El sol de invierno cae sobre el patio, multiplica en sombras los arcos escarznos. Flora repara en el tenue brillo que reflejan las columnas de jaspe que sostienen la arquería. Hay mucho lujo en la casa del licenciado Tous. Un hombre de bigote fino, engomado, imperial. La barba pequeña, recortada. El hombre que está en el cuadro que Flora contempla mientras sube la escalera de mármol.

Dieciséis años de Flora, uno de los primeros bailes. El vestido de seda rosa, lisa, hasta los pies, bordada de tenues florecillas. Entonces se sentía bella, requerida, de-

seada. Flora atravesando el derroche de lámparas del salón. Una lluvia de luz sobre las mejillas sonrojadas, el escote más atrevido que nunca se pusiera. Los pechos palpitando de vida, los senos erectos de perplejidad ante la mirada de los varones.

Doña Concha ya había decidido que a la niña había que sacarla de casa, pasearla por los salones. Enseñarla, mientras don Ramón hablaba con los próceres de la ciudad inigualable, antes, poco antes de que le abrieran de par en par las puertas a los franceses.

—Sevilla nunca claudicará —decían los patricios, egregios los negros chaqués, ajustados, abotonados.

No había velada que se preciara en la ciudad donde no apareciera en la puerta de la casa, más temprano que tarde, la berlina de cuatro caballos de los Letona. El pescante de hierro, la caja roja de madera, las capotas de cuero negro.

Ha subido ya Flora al salón del estrado. Ya no se baila en la casa del abogado, ya no se baila en Sevilla. No están los tiempos para algazaras, si acaso boleras en algún café no muy recomendable para las señoras.

Parece que fue ayer. El salón lleno, abarrotado. Los hombres alrededor, junto a los cortinajes de damasco. Las mujeres sentadas, los monederos y los cuadernos de baile en la mano. Don Ramón saludando a un señor mayor con un sombrero de copa alta en la mano.

—El Ilustrísimo Señor don Francisco de Saavedra —le presentó su padre.

Los dos hombres se fueron a hablar de sus cosas, de sus políticas, de sus artículos del periódico. Se les unieron

otros, seis, siete hombres reunidos en torno a uno, el más importante. Suele ocurrir así.

—El nombre definitivo es Compañía de Navegación del Guadalquivir —dijo Saavedra mientras una mujer gruesa cantaba una hermosa aria. Uno de los hombres, el más joven, es el licenciado Tous. Lleva una levita negra, elegante, de buen paño, el blanco lienzo de la camisa saliendo por los puños, impecablemente anudado el corbatín, negro con los bordes blancos.

El licenciado Tous no la vio aquella noche, o quizás disimuló, aparentó no verla. Está enamorado de la joven Laura, la rubia melancólica que, sentada a lo lejos entre mujeres, observa a su prometido.

Flora espera al abogado en el salón donde se bailaba. Junto al escritorio de gradería, sentada en un sillón de rejilla, estilo rococó.

—No sé cómo agradecerse, licenciado —dice Flora levantándose.

Tous le pide que vuelva a sentarse. Trae en su mano papeles con sello cuarto, legales, en orden.

—Estarás aquí en calidad de depósito —le dice mientras le acerca la orden firmada por el Excelentísimo Capitán General de las Andalucías.

Flora escribe en un pliego blanco las pertenencias que ha traído en una bolsa negra. Poca cosa, cuatro trapos, ropa íntima, útiles de aseo...

—Habrás que reclamar los demás bienes, la cama, armarios, mesa, sillas... —dice el licenciado Tous.

A Flora le cuesta recordar la dote que aportó al casamiento. El dinero que puso su padre regateando con

doña Concha. El ajuar, todavía hay ropa sin estrenar, sábanas vírgenes que sobrevivieron, indemnes, al incendio de ira en que se convirtió la cama de roble. Cada vestido, cada mueble, cada objeto es un pinchazo en el alma, una esquirla del fracaso.

—Hemos pedido la separación de mesa, habitación y lecho —le dice el licenciado.

—¿Y Lucía? —pregunta Flora.

Flora está depositada como una maleta. Todavía pertenece a su marido hasta que la justicia militar decida si debe volver o no a casa a pedirle perdón, arrepentida. Al menos está recogida en una casa decente. Peor hubiera sido ir a un Beaterio, con las recogidas, las mujeres descarriadas.

Ha envejecido mucho la mujer rubia melancólica desde que Flora la vio en el baile. No le favorece el algodón negro de su vestido. Demasiado oscuro para una mujer joven, si acaso roza los treinta años.

—La trataremos como una más de la casa —dice el licenciado Tous a su mujer—. Ocúpate tú misma, querida, de instalarla.

Flora recoge el hatillo del suelo, la sigue escaleras arriba, hasta la última planta.

—Aquí estarás bien —le dice mientras golpea con fuerza las palmas de sus manos.

La estancia está junto al lavadero. Flora percibe un olor de añiles, el viscoso perfume del jabón blando. Llegan las criadas con el alboroto de la juventud. Inclinan las rodillas, los delantales rozan el suelo de piedra.

—A la orden, señora.

Son jóvenes, muy jóvenes. Tampoco se les puede pedir más, están por la comida, el techo, lo servido por lo comido. Son analfabetas. La señora las enseña a escribir su nombre. Ana lo tiene más fácil, Pilar es un poco más complicado. También los números, que sepan contar reales para comprar, cuando van al mercado o donde los panaderos, que si no, las engañan.

Ha recordado Flora el nombre de la mujer rubia melancólica. Parece triste, le da de frente el sol que entra por el ventanuco. Laura era el nombre que ponía en la invitación de boda que llegó a la casa de los Abades poco después del baile. Don Ramón dejó a su madre compuesta y con ganas de boda porque no soportaba la pedantería del licenciado Tous.

Va a estar Flora como en casa pero dentro de un orden, Dios con todos y con cada uno. Comerá sola o con las criadas si tiene miedo al silencio que trae la soledad. Cuando haya visitas deberá encerrarse en su cuarto. No conviene dar pasto a las habladurías. Al fin y al cabo el resultado es un hombre que vive con dos mujeres.

—No estás en una cárcel, estás en una casa decente que te recoge con misericordia —le dice Laura.

«Doña Flora de Letona, mujer legítima de don Juan Ballester, teniente ilimitado de Infantería, con el respeto que debe, implora la notoria justificación de V.E.». No habla así Flora, aunque sea su letra. Copia la carta que le ha dejado el licenciado Tous.

—Mejor con tu letra —le ha dicho. Tiene más fuerza el dolor escrito con su pulso, la tinta tiembla, incluso puede llorar, emborronarse.

«Porque habiendo incoado demanda de divorcio contra el referido su marido en el Juzgado Excmo. Castrense por la sevicia del susodicho que cada vez ha experimentado con más fuerza como también de su infidencia».

Ignora Flora el significado de algunas de las palabras que escribe pero quedan bien así. No son inocentes las palabras, valen lo que significan, de eso sabe mucho el licenciado Tous, siempre buscando la palabra exacta que le dé la razón en los litigios.

Levanta la vista Flora, mira a su alrededor la desnuda estancia. Hay pocos muebles además de la mesa escritorio, un secreter de tapa abatible. Por el ventanuco entra luz blanca de invierno. Cierra Flora los verdes parteluces.

«Cuando se preparaba a dar parte a V.E. de esta ocurrencia y de que quedaba a su disposición se presentó el ayudante don Pedro Blasco, con orden que dijo traía del Excelentísimo Gobernador de esta plaza para persuadirla de que se fuera con su marido».

No entiende Flora el interés que tiene el señor Gobernador en que regrese con su marido. No piensa igual, menos mal, el Capitán General de las Andalucías, al que sigue escribiendo la instancia hasta que le duele la cabeza.

Flora tiene miedo de que Juan Ballester siga mero-deando, lo han visto las criadas, Ana y Pilar, acechando como un lobo. No fue difícil distraerlo. Ana, socarrona —qué guapo el militar, seguro que está casado— al tiempo que Pilar cuidaba la puerta de la casa del abogado en

la Plazuela de la Merced. Ana se lo llevó después hacia el Patín de las Damas.

Flora corrió hacia la calle de las Armas, calle arriba hasta la plaza del Duque de Medina. Luego tiró hacia las Costanillas. Sofocada, con pelos de bruja, tomó a sus dos hijos. Suerte que la madre del don Juan está sorda, no oye nada cuando se mete en la cocina.

Ahora están dormidos sobre el colchón de lana. Ronca Juanito. La cama de nogal cruje cada vez que Lucía vuelve del sueño con un susto.

—Mamá, tengo pesadillas.

«Suplica que en tan críticas circunstancias se digne proteger a esta mujer desvalida haciéndole entender a su marido que se abstenga de pasar por la puerta de la casa donde se halle».

—Mamá, tengo frío.

«Así lo espera de la justificación de V.E.».

—Mamá, tengo miedo.

Juan Ballester es un hombre alto, fuerte de complexión. Robustos los hombros, los brazos, huesudas las manos con el dorso cubierto de vello. El bigote denso le cubre el labio superior. La piel morena aun en invierno, los ojos aceitunados, la mirada seductora. Mira bien el don Juan, ese es su fuerte con las mujeres.

Ilusa Flora cuando pensaba que solo la miraría a ella toda la vida, al menos eso le prometía el teniente ilimitado en aquellas cartas tan apasionadas. Parece mentira que la misma persona sea capaz de escribir cosas tan hermosas.

No imagino un futuro sin ti, le ponía en papel de infantería, desde el mismo escritorio, sencillo, madera de roble, de la sala de oficiales.

Son austeros los militares, están acostumbrados a servir. No importa que la mesa tenga grietas, esté embozonada, aún sirve, hasta el final. Como los hombres sirven hasta que un día se desploman, entonces se acabó. Donde había una mesa hay que poner otra, donde había un soldado hay que poner otro.

Parece mentira que le escribiera palabras tan afectuosas: mi vida, mi amor, tesoro, palabras cursis, corazoncito mío, palabras mentirosas, te querré siempre, hasta la muerte. Ahora no escribe palabras hermosas.

«Don Juan Ballester, teniente de Infantería con licencia ilimitada en esta plaza, con el debido respeto expone». Moja el plumín, piensa, la mirada perdida en el armero de caoba, en las armas largas. Quizás fuera una de esas bayonetas con la que mató franceses.

«Hace ya tres años que está viviendo con el mayor disgusto con su mujer. Una insubordinada que falta a los deberes de la casa. Una mujer sin juicio ocupada solo en juicios y diversiones».

Tantos esfuerzos que había hecho su madre para que no se le notara la zurdera, la mano izquierda atada, detrás, a la espalda para evitar que escribiera con la mano del diablo. Le enseñó desde niña a coser con la derecha, a no abandonarse a la tentación de ver el mundo desde el lado izquierdo.

«Valga el ejemplo de abandonarse en el uso de las manos para constatar la actitud de una mujer que ha per-

dido el norte dando mal ejemplo a sus hijos», sigue escribiendo el teniente.

Tiene el don Juan el orgullo herido desde la tarde que no la encontró en casa a hora en la que debía estar en ella. No lo dudó. Sabía dónde estaba su legítima mujer, en la casa del abogado. Tonta de ella que en un arrebatado de orgullo le amenazó con irse allí, en la plazuela de la Merced le faltó decir, a la casa de los siete balcones.

Le escribe Juan Ballester al señor Gobernador militar. Un hombre sabe cuándo puede confiar en otro hombre. Hay secretos que se comparten al caer la tarde, allá en la mistelería de la Antonia. Qué buenas pupilas tiene, sanas, robustas, incansables. Dicen que allí viven mujeres de mala opinión. Eso dicen las envidiosas, las cotorras que le piden al señor Gobernador que cierre el comercio.

—Allí se vende otra cosa además de mistela, se vende indecencia, señor.

Allí se vende el frío sudor del vicio. Al caer la noche comienzan el alboroto, las palabras indecentes. Escándalos, pecados inconfesables aun para el más tolerante de los clérigos. En la mistelería de la Antonia hay uniformes militares. Otros uniformes, jóvenes de buena familia con levita que ponen en riesgo la salud de sus matrimonios, eso dice el doctor Arribas, siempre tan excéntrico. La noche los oculta. Dios no puede ver todos los pecados del mundo. Hay trasiegos en el corredor de la primera planta, ¿debe un hombre desnudo saludar marcialmente?

«Fui a buscarla a la casa del abogado. Reconozco que para traerla con la aspereza que se merece y no con la amabilidad a la que está acostumbrada».

Debe acabar de escribir el don Juan. No sobra el tiempo en el cuartel. Hay que instruir a los ilimitados. No ha de confiarse el buen patriota, los gabachos andan por ahí, en cualquier momento vuelven.

«Y en el sentimiento que esta clase de negocios inspira a un hombre de principios delicados recurre el teniente. Esa mujer, en un descuido mío, se llevó a mis hijos».

La lluvia arrecia. No es óbice para que esta tarde la instrucción sea en el patio. No deben los soldados tenerle miedo al agua. Juan Ballester, con buena caligrafía, escribe los últimos renglones del pedimento.

«Se digne mandar a la expresada Flora de Letona a uno de los conventos de esta ciudad».

Hay alboroto en las calles, es domingo de Quincuagésima. El Carnaval, que tan poco gustaba a los reyes Borbones, ha llegado a la ciudad. Flora recuerda el primer baile que bailó con el teniente en aquella casa principal.

Iban todos disfrazados, hasta su padre. Un demonio rojo era don Ramón, doña Concha una modistilla y ella una bailarina con los pechos encogidos cuando el teniente la sacó a bailar. Juan Ballester iba vestido de bandolero, las patillas falsas, rojo el fajín, el pañuelo. Llevaba hasta el trabuco.

Flora sentía las palpitations de su corazón, debajo de los pechos. No es más feliz un corazón porque vaya más rápido. Ahí lo decidió Flora, en ese baile.

—Este es el hombre de mi vida, mamá —le dijo después a doña Concha.

Mucho ha llovido desde entonces. Ahora Flora ve pasar a las gentes de los barrios, la gente baja la llama doña Concha, alborotando la ciudad. Van cantando, bebiendo, también las mujeres. Está muy feo que las mujeres empinen el codo, beber es cosa de hombres. Ahí van, las ve Flora desde el último balcón, gastándose bromas, estrellándose cascarones de huevos rellenos de polvo de talco en la cabeza.

Hay que tener cuidado con los carnavales. Algunas de estas criaturas llevan la muerte enfundada en la media, una navaja sujeta en la liga. No será la primera vez que acaba alguno o alguna en la silla de los guapos, allá en el hospital de San Hermenegildo.

A veces son querellas de amor las que abren las navajas, de celos. Aunque hay en el Sur una cierta irritabilidad natural que unida al vino, a que sople el viento solano, acaba con derramamiento de sangre, al menos eso le ha escrito Blanco White, en una de las cartas que le llegan a Flora desde que vive en casa del abogado.

—¿Cómo se ha enterado el inglés que quieres divorciarte? —le ha preguntado el licenciado Tous.

Ya no le gusta el Carnaval a Flora. Siente que la juventud ha pasado fugaz, una estrella errante, mientras cierra la algarabía con las puertas del balcón. Esta noche también habrá baile en casa de familia principal. Después de una buena cena, faisán, cerdo o mejor algún carnero criado en la Dehesa de Tabladilla, allá donde los Propios del Ayuntamiento.

No siente Flora la libertad perdida para estas cosas, por nada del mundo iría esta noche a un baile de Carnava-

val. Necesita la libertad para otras cosas. Para estar sola, libre, con su hija Lucía. También con su hijo Juan, aunque el muy cretino prefiera estar con su padre.

Flora contempla la mirada penetrante del abogado detrás de ella. Los velones refulgen en el espejo. Nota las manos varoniles sobre el vientre, por encima del lienzo fino de Irlanda. Las aparta de un manotazo.

—No quiero amor. Tiene que entenderlo, señor licenciado.

Tiene la niña los ojos negros de su madre, en miniatura, pintados, idénticos. Antes de la desavenencia, así llama el abogado del don Juan a los malos tratamientos, Flora se ocupaba de vestirla como una niña se merece. Alegre, con los colores claros. La cintura alta, la falda floreada, larga hasta los tobillos, no importa que se vean, es solo una niña. Alguna faja, algunos casquillos, a veces un bonete que le cubre la frente, los rizos negros.

—¿Puede una hija ser igual a su madre? ¿Del mismo paño las hace Dios? —un día se lo preguntó al doctor Arribas. El facultativo no le contestó, estaría entretenido con otras cosas.

Este hombre, qué excéntrico, siempre preguntándole cosas al universo. Como si todo pudiera explicarse con unas letras, con unos números. La ciencia es la ciencia, la religión es la religión.

—No, Dios no se ocupa de dibujar dos rostros iguales —le contestó al fin.

La justicia no tiene puertas. En la mañana llegó el alguacil Blasco con la orden de Capitanía.

—Vuelvan los hijos con su padre —gritó.

Lucía estaba aferrada a las piernas de su madre, la basquiña subida, se le veían las piernas a Flora, hasta las rodillas. La niña chillaba, la niña gritaba. Estaba poseída por el mismo demonio. Una hija a la que se pretende apartar de su madre no se aviene a razones. Patalea, con sus bracitos golpea el cuero del ayudante del alguacil, que la separa a la fuerza del regazo de la madre, el único lugar de la tierra donde para Lucía no hace frío.

Los hombres son diferentes, los niños son distintos, qué desagradecido el Juanito. Parecía estar esperando que llegara la autoridad. Prefiere al padre, se parece a él, el mismo mentón prominente, los mismos ojos aceitunados.

Levantó acta el alguacil, se llevó a los hijos ante la impotencia del licenciado Tous, que amenazaba con las palabras. Aquella misma noche escribió el licenciado Tous el pedimento, el recurso. No echó un ojo apenas, mientras la mujer rubia, melancólica, cuidaba de la huésped. Flora lo avisó, lo veía venir. ¿Dónde vas, Flora?

—Me va a entrar una alferecía —dijo.

No dio tiempo. Menos mal que el licenciado Tous la cogió al vuelo.

—Mi vida, mi Lucía —dijo Flora contemplando borroso, dentro de una niebla, el barbado rostro del doctor Arribas.

El doctor Arribas le cogió las manos, la tranquilizó. Suerte que vive cerca, a treinta pasos corridos por Ana y Pilar como si huyeran del fuego.

—Un buen baño de agua caliente, una infusión con agua de borrajas. Luego a sudar, envuélvala en una manta de lana, para estas cosas es bueno sudar. Y sobre todo que no piense. Sí, no se extrañe, licenciado Tous, se puede morir uno de los pensamientos.

Ramón de Letona tiene las sienes plateadas. Así llama él a las canas, al cabello envejecido que le crece delante de las orejas puntiagudas. Tiene la frente desnuda, alopecia llama él a la canónica calva que delata, tras la piel oscura, los robustos huesos del cráneo.

La calvicie precoz de don Ramón es una afrenta que intenta paliar con la mejor colección de sombreros de copa alta de la ciudad: de fieltro atiesado, de piel de castor, de seda, negros, grises, de etiqueta, de ópera. Una fortuna en chisteras, de cuatro a cinco decenas, sin contar las que destruyó aconsejado por su amigo el doctor Arribas.

—Ponerse un sombrero puede volver loco, tener alucinaciones como las de los santos hambrientos.

Ramón de Letona no es alto pero tiene buen porte, el suficiente para que las levitas caigan rectas, almidonadas, sin dobleces. La misma anatomía que su hijo. Tiene su explicación. Lo sabe el doctor Arribas, que hace experimentos de genética, raros, indecentes. Contempla esperma de animales a través de su microscopio dorado.

Doña Concha espera llorosa a don Ramón, sentada en el pequeño canapé, estampado de rosas, que hay en el patio. Los maceteros están entristecidos por el invierno

aunque ya sea primavera. Algún pensamiento, prímulas, hiedras, costillas de Adán, plantas que doña Concha cuida con primor de monja.

Le cuesta respirar, balbucea las palabras. Se quita las lágrimas con el mismo pañuelo con el que se cubre la cabeza en las iglesias. No cae, no repara en ello. El sofocón la aparta de la realidad de este mundo. Le duele el corazón, su niña, su Flora, las tres cuartas partes de su alma, depositada en casa decente, en casa del abogado.

Mira que se lo advirtió a Florita.

—Los trapos sucios se lavan en casa. Las mujeres están hechas para aguantar. Si tienen que aguantar, aguantan. Siempre ha sido así de toda la vida de Dios, y tú, Flora, Florita, no vas a cambiar ahora el mundo.

Don Ramón no dice nada, no habla, no llora. Lógico que su hija pida lo que las frías leyes llaman disolución del vínculo. ¿Cómo se puede dormir al lado del hombre que te ha azotado con los ojos del demonio? ¿Cómo se puede comer frente al asesino de tus sueños?

Maldito sea el teniente ilimitado, malditos sean sus muertos, dice don Ramón sin mover los labios. Te ayudaré a ser libre, piensa mientras se quita el sombrero de paseo. No olvida don Ramón. Hay cicatrices que pican como alacranes. No olvida el gran error de su vida. La infausta tarde en la que le dijo a su hija: en ti no merece la pena invertir, eres una niña. Si Flora hubiera estudiado quizás le hubiera ahorrado muchos golpes, mucha humillación, mucha pena.

—Pero habla, di algo. Míralo. Depositán a su hija en casa de un hombre casado y ni se inmuta, como si no fue-

ra con él, míralo el pazguato —le dice doña Concha secándose las lágrimas con el pañuelo de las misas.

No hacía ni quince días que se fueron los franceses. Don Ramón desayunaba té, pan tierno, huevos pasados por agua. El *Diario del Gobierno* de Sevilla traía noticias de Cádiz, el periódico solo trae noticias de Cádiz.

Los quevedos de don Ramón cayeron al suelo, dos aros chapados en oro. Su corazón se aceleraba, un trote de caballo que viene desde la lejanía. Qué mala sangre tienen los delatores. Tras una guerra siempre hay chivatos, soplones, que salen de su guarida. Los topos no son ciegos, señalan, apuntan con el dedo índice. El *Diario del Gobierno* de Sevilla pedía al público sevillano, al respetable, que informaran cuantos tuviesen algún conocimiento del acusado. Pedía pelos y señales de la actuación de don Ramón de Letona durante la ocupación francesa.

—Esto te pasa, Ramón, por leer hasta las letras más pequeñas del periódico. Haz como yo, hijo, con leer la primera página, el santoral y dónde están las tropas de Napoleón, tengo bastante —le dijo doña Concha.

Suerte hubo, no se rompieron las lentes. Sin ellas el mundo es para don Ramón neblina, un algodón deshilachado. Suerte hubo, se detuvo el caballo que trotaba dentro de su corazón. Ramón de Letona tiene que defenderse como un gato panza arriba. Esto no puede ser la Inquisición de los civiles. Defenderse con la nueva ideología legal, con las normas judiciales recién estrenadas por la

nueva Constitución. No te puedes enterar por un periódico, eso es un atropello.

No le caía bien a don Ramón el licenciado Tous, altanero, pedante, pretencioso, por ello no fue a su boda. No le caía bien aun cuando llamó a la puerta intermedia, no tiene cancela la casa de los siete balcones.

Sevilla, tras los franceses, era una ciudad derribada, escombros en las calles, broza, piedra, hierbajos. Las almas también tenían cascotes, estaba triste la ciudad augusta. Las tropas aliadas usaron como cuarteles los mismos cenobios que habían ocupado los franceses. Los buenos patriotas deben contribuir a la defensa militar. Los franceses pueden regresar en cualquier momento.

«No quiero alimentar a más soldados», escucharon decir a don Ramón. Ahí empezó la traca, la mentira es un hilo que se enreda cuando va de boca en boca. Ramón de Letona es un afrancesado que no quiere alimentar a los soldados. Por no hablar de los negocios que hizo con los gabachos. Ganó mucho dinero con las latas de conserva.

Flora era, entonces, una hermosa joven que aún no había ido a los bailes. Una soñadora resignada en la tienda de ultramarinos que su padre le había puesto porque en ella no merecía la pena invertir en estudios. En la trastienda, don Ramón fabricaba latas de conserva, un pedazo oblongo de hojalata, soldado por los extremos con forma de cilindro. Luego las hervía con alimentos en su interior y las sellaba con una gota de plomo fundido.

El resultado era excelente. La comida, la carne, el pescado, se mantenían sin perder sabor, ni olor. Parecía un milagro. La buena alimentación es primordial en las guerras, mantiene la moral de las tropas, evita las enfermedades. Napoleón lo sabía bien, un ejército viaja en su estómago. Más soldados mataron el escorbuto y el hambre que la guerrilla española.

—El gabacho no era tan malo, vete a saber si con su hermano aquí no nos hubiera ido mejor —escucharon decir a don Ramón en el café de la calle Génova.

Don Ramón buscaba socios, alguien con capital, con dinero. El futuro de las Andalucías no está en el campo, siempre dependiendo de las lluvias, del sol, de las sequías. El porvenir está en la industria, en el progreso, en las ideas originales como las latas de conserva. No encontraba socios don Ramón, no los encontraría. Solo le escuchaban los franceses.

Lo recibió el licenciado Tous en la sala de recibir allá en la casa de los siete balcones, el gesto serio, adusto, de la arrogancia. No olvida el desdén de don Ramón el día de su boda. Luego le hizo pasar a su despacho, tras atravesar el antiguo salón de baile.

El abogado se interesó por el caso. Quiere ayudarlo a pesar de todo, tal vez sea la manera de atraer a Flora.

—La clave está en los testigos —le dijo el abogado, de pie, de espaldas a la estantería llena de libros, de códices—. Su encantadora esposa, su hermosa hija, su discreto hijo, la servidumbre...

Luego, el licenciado Tous escribió una lista con los testigos de fuera de la familia. Cuatro, cinco, seis nombres, siete hombres que se reunían en los bailes a hablar de sus cosas, de sus negocios, de sus políticas. La Compañía de Navegación del Guadalquivir, Francisco de Saavedra, el último de los siete nombres que apunta el abogado.

Escribe el abogado con letra hinchada, ampulosa, se escribe como se es. «No se encontrará ni un atisbo de colaboración con los invasores». No es cooperación hacer negocios. El comercio tiene sus leyes internacionales, sus acuerdos. El comercio no piensa, solo vende. Don Ramón siempre fue un patriota, un hombre de negocios, que tuvo, como todos, que adaptarse a la circunstancias. ¿O es la vida otra cosa que adaptarse a las circunstancias?

—¿Cómo se nos ha podido olvidar el doctor Arribas? —le preguntó días después el abogado.

La luz blanquecina de la tarde se filtraba por uno de los siete balcones, el más alejado del portón de madera labrada, con el escudo familiar arriba. Título comprado acaso a un caballero veinticuatro.

—Pensándolo bien, quizás mejor que no testimonie el facultativo, también está señalado —le dijo después el licenciado Tous.

El doctor Arribas, otro afrancesado partidario de sacar a los muertos de las iglesias. No es ateo ni tan siquiera escéptico ese joven, ya lo va siendo menos, de largo

cabello airado, la barba luenga, puntillosos ojos miopes detrás del monóculo de plata, la leontina en el bolsillo derecho de su chaleco de rayas.

Así va por el hospital de la Sangre, con su blanco batón hasta los tobillos, el pelo recogido como una mujer, es más higiénico. El corbatín desaliñado, como lord Byron, a quien trató en Sevilla de una indisposición de amores. Se había enamorado de una mujer casada que no le correspondió, juró volver a por ella.

Lord Byron quedó tan afectado que rechazó las frondosas proposiciones de Josefa, su hospedera, que pretendía despedirse del mundo con él antes de casarse, para toda la vida, con un oficial del ejército español. Para el poeta inglés, aquella noche no había otra mujer en la tierra más que la hermosa casada que había conocido en la tienda «El guante rojo».

El doctor Arribas pretende acabar con el hacinamiento de los pacientes sin camas, en el suelo, sin techo, en los jardines. Las guerras dejan muchos soldados medio muertos, muchos soldados medio vivos. ¿Cómo puede dejarse solo un ala del hospital para los pacientes que no son soldados? Hombres y mujeres que enferman, a veces mueren, mientras su lugar lo ocupan militares que no son de esta tierra.

No debemos olvidar que se negó a ir a la batalla del puente de Barcas, un cobarde el Arribas. «Los médicos tienen que ser valientes con la sangre de la paz, no con la sangre de la guerra», se defiende el doctor Arribas. También moría la gente dentro del hospital, en aquella época en Sevilla se moría en todos los sitios.

Caía la tarde. Tenía mala cara el abogado con las velas encendidas, pálida la piel, ojeras alargadas. Duerme poco el licenciado Tous, quizás ame demasiado.

—No es para hablar del doctor Arribas para lo que le he llamado —le dijo alzando la voz, frunciendo el entrecejo.

En una lista fue escribiendo, uno a uno, iscarriotes, hijos de mala madre, esa mosquita muerta, ese imbécil, ese canalla también, los miserables nombres de los delatores.

—En justicia se llaman testigos —dijo el abogado.

Don Ramón hace ademán de levantarse. Busca con la vista el sombrero de copa de fieltro negro. Ha olvidado dónde lo dejó. Tiene razón doña Concha, que le da rabos de pasa para la memoria.

—Espere. Una cosa más. Convendría, para disipar dudas, que se presentara a procurador del Ayuntamiento —le dijo el licenciado—. Se pide un expediente de purificación y asunto concluido, lo demás corre de mi parte.

No sabe don Ramón cómo habrá de pagarle al abogado. Está arruinado, Soult, maldita sea su estampa, se llevó los cuadros, la carne conservada, los ahorros, el porvenir.

—No se preocupe por esos asuntos, don Ramón. Convendría, por cierto, que su esposa y su hija estuvieran al tanto de todos estos asuntos —le tranquilizó el licenciado Tous.

No estuvo presente don Ramón en los regocijos de la liberación de los franceses.

—No se deje ver mucho— le aconsejó el licenciado Tous días después de que el mariscal Cruz de Mourgeon, con la ayuda de los ingleses, entrara en la ciudad.

Bien que le hubiera gustado asistir a la proclamación de la Constitución legítima de las Españas. Se aplaudió mucho a la Pepa en la plaza de San Francisco. Se leyeron las leyes una a una por el secretario del Ayuntamiento. Allá donde las Casas consistoriales, arriba, en un tablado a cubierto del pendón municipal. De allí marchó la comitiva hacia la Catedral, por las calles de Vizcaíno y de la Mar hasta el Patio de Banderas del Alcázar donde se repitió lectura. Bien que le hubiera gustado asistir a don Ramón. Hay días que pasan a la historia.

Poco después ordenó el jefe político que se jurara la Constitución en las iglesias, durante las misas. Primero el cabildo eclesiástico en la Metropolitana, luego en San Roque, San Andrés, Omnium Sanctorum, San Marcos, Santa Ana, en la Colegiata del Salvador, en la parroquia del Sagrario.

Doña Concha estaba indignada, ¿qué es eso de meter las políticas en las iglesias? Leer las leyes antes del ofertorio. El cura hablando de los hombres antes que de Dios, eso es idolatría.

Repiques de campanas, salvas de artillería, en honor del rey legítimo Fernando VII, ese felón. Nunca perdonará doña Concha lo mal que se comportó con su padre, ese rey bobalicón pero buena persona. Peores eran Godoy y la reina, la María Luisa de Parma, con esa cara de no enterarse de nada. Una reina española no hace las cosas de esa manera. Hasta lady Holland se dio cuenta de que uno

de sus hijos tiene toda la cara del Godoy. Ella mismo se lo contó a doña Concha una de las veces que estuvo en Sevilla. Tampoco se fía mucho doña Concha de la inglesa. Aunque se haya vuelto a casar, no deja de ser una mujer divorciada.

«Vivan los sevillanos y el general Cruz, mueran los franceses y el mariscal Soult», cantaba el pueblo en la feria de Santiponce. En las calles, en las plazas de Sevilla, la gente cantaba seguidillas que se bailaban con una revoleira en las manos, doblando las rodillas.

La gente, entonces, estaba eufórica. Había fiebre de placer, luminarias en los balcones abiertos, repiques en los mil campanarios de la ciudad, música de viento, salidas solemnes de rosarios.

Ni siquiera fue don Ramón a las corridas de toros que se celebraron en honor de las tropas aliadas. Pocas cosas hay en este mundo que puedan gustarle más que una buena corrida de toros punteros, allá en el Arenal, junto al río que no va a ninguna parte.

En la plaza medio construida, tiene asiento reservado para él y para doña Concha, que va muy poco. Le dan pena los morlacos heridos que vomitan sangre. Doña Concha prefiere el teatro, que si mata lo hace de mentira, con la palabra.

Don Ramón va a los toros con su hijo, el hermano de Flora, a la plaza a medio construir. Luego fuman puros mientras abajo en la arena dos toreros se juegan la vida. Calzón y colete de ante, correón ceñido, mangas de terciopelo negro para resistir las cornadas. Juan León, el «Leoncillo», liberal, Antonio Ruiz, el «Sombrerero», absolutista.

Uno lleva largas patillas, el otro, bien afeitado. En España se discute de política hasta delante de un toro. Eso sí, los dos esperan al morlaco cara a cara, a pie firme para matarlo cuerpo a cuerpo, a eso lo llaman estoquear.

Dos meses estuvo encerrado don Ramón, preso en su propia casa, donde iba a verlo Flora. Ya tenía la mirada triste.

—¿Qué te ocurre, Flora?

—Nada, padre, estoy preocupada por usted. Súbase a la azotea, que le dé un poco el sol, está usted muy pálido.

No se fiaba don Ramón de las balas perdidas. No se fiaba don Ramón del aire libre de las azoteas. Prefería estar así, oculto, desaparecido, aunque su piel fuera cogiendo el color de los pájaros cautivos.